

## Anotaciones a la silva «Al inventor de la pieza de artillería» de Francisco de Quevedo

Enrique Moreno Castillo  
Barcelona

En el «Discurso de las armas y de las letras», don Quijote lamenta «haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es ésta en que ahora vivimos», pues mientras en otras épocas, dice, la victoria en el combate era para el más valiente y animoso, en la suya, a causa de la invención de la artillería, es posible que «un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero»<sup>1</sup>. No es de extrañar que, cuando comienza el uso de la pólvora, la literatura refleje el asombro que produjo semejante novedad y el espanto ante su poder destructivo. Por eso, cuando don Quijote pronuncia estas palabras, la execración de las armas de fuego tenía ya una cierta tradición como tema literario. Y hay incluso algunos motivos, dentro de este tema, que acaban siendo casi canónicos. Uno de los más frecuentes es la comparación entre el disparo del arcabuz o del cañón y el rayo, atributo de Júpiter y obra de Vulcano. Emplea este símil Garcilaso, que, en el soneto XVI, toca ese punto de una manera incidental, cuando dice, hablando de la muerte de su hermano, que cayó víctima de una vulgar enfermedad después de haber salido ileso de entre el peligro de las armas, sin recibir daño del «fiero ruido contrahecho / de aquel que para Júpiter fue hecho / por manos de Vulcano artificiosas»<sup>2</sup>. Herrera, en sus anotaciones, al comentar estos versos, aduce varios fragmentos de poesía latina del siglo XVI donde se habla del invento de la artillería, en todos los cuales aparece también el rayo de Júpiter como término de comparación. Herrera alude asimismo al *Orlando furioso*, donde se encuentra la más famo-

<sup>1</sup> Cervantes, *Quijote (Primera parte)*, ed. Rico, 1999, cap. XXXVIII, p. 448.

<sup>2</sup> Garcilaso, «Soneto XVI», en *Obra poética*, ed. Morros, 1995, vv. 6-8.

sa e influyente de las diatribas contra las armas de fuego<sup>3</sup>. En Ariosto aparece, como después en Cervantes, la idea de que la pólvora es un invento diabólico; se expresa el deseo de que quien lo hizo esté pagando sus culpas en el infierno, y se interpela al nuevo hallazgo lanzando contra él la siguiente acusación: «per te la militar gloria e distrutta, / per te il mestier de l'arme è senza onore; / per te è il valore e la virtù riduta, / che spesso par del buono il rio migliore»<sup>4</sup>. Varios poemas épicos españoles tratan, sin duda por influencia de Ariosto, el mismo tema. En *La Austriada* de Juan Rufo se afirma: «porque lo que pervierte, turba y muda / la atroz y detestable artillería, / no da lugar con su violencia ruda / a veces al esfuerzo y gallardía; / ni debieran los hombres racionales / con armas ofenderse tan bestiales»<sup>5</sup>. Algo semejante dice Barahona de Soto en *Las lágrimas de Angélica*<sup>6</sup>, aunque se vea obligado a puntualizar que en la época de la acción de su poema todavía no existían, propiamente, las armas de fuego.

Por los mismos años en que escribe Ariosto, Maquiavelo, en los *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, examina esta misma idea, para concluir, en contra de la opinión anterior, que la artillería, al presentar mayor peligro, permite, al menos en teoría, mostrar más valor que antes, aunque en la práctica, según Maquiavelo, las armas de fuego no supongan un cambio fundamental en el arte de la guerra ni en la conducta de los hombres<sup>7</sup>. En la literatura española, la más famosa invectiva contra la pólvora, junto con la de Cervantes, es la que se encuentra en *El Criticón*, cuando Critilo, haciéndose eco de la idea de Maquiavelo, dice: «He oído ponderar que está más adelantado el valor que antes, porque ¿cuánto más corazón es menester para meterse un hombre por cien mil bocas de fuego, cuánto más ánimo para esperar un torbellino de bombardas, hecho terrero de rayos?». A lo que su interlocutor le responde: «Engañase de barra a barra quien tal dice: ¡qué dictamen tan exótico y errado! Pues ése que él celebra no es valor ni lo conoce; no es sino temeridad y locura, que es muy diferente»<sup>8</sup>.

Lo curioso es que la idea, tan repetida, de que la pólvora supone el fin del valor guerrero, es un motivo literario cuyo origen es muy anterior a la aparición de las armas de fuego, pues se encuentra ya en Plutarco: «Arquidamo, el hijo de Agesilao, al ver un proyectil lanzado por una catapulta, traída entonces por primera

<sup>3</sup> Ariosto, *Orlando furioso*, ed. Turchi, 1978, IX, est. 28-30 y 90-91; XI, est. 22-28.

<sup>4</sup> Ariosto, *Orlando furioso*, ed. Turchi, 1978, XI, 26.

<sup>5</sup> Rufo, *La Austriada*, ed. Rosell, 1945, Canto XXIV, est. 15.

<sup>6</sup> Barahona de Soto, *Las lágrimas de Angélica*, ed. Lara Garrido, 1981, canto IX, est. 32 y 33.

<sup>7</sup> Maquiavelo, *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, ed. Panella, 1939, lib. 2, cap. 17, p. 296.

<sup>8</sup> Gracián, *El Criticón, segunda parte*, ed. S. Alonso, 1980, crisis VIII, p. 442.

vez de Sicilia, gritó: ¡Oh Heracles, el valor del hombre ha muerto!»<sup>9</sup>.

Este tema aparece también en la silva de Quevedo que vamos a comentar, pero aquí ocupa un lugar secundario, pues la idea central que da lugar al despliegue retórico que constituye el poema es la de que el fuego, atributo divino, es el único de los cuatro elementos que no está sometido al poder del hombre, por lo cual el que éste intente dominar su fuerza y ponerla a su propio servicio constituye un acto de temeridad y desmesura. El poema adopta la forma de un discurso suasorio que se propone demostrar una tesis y convencer de su verdad a los lectores, para lo cual se van acumulando diversos argumentos y se recurre a las más variadas argucias retóricas. Naturalmente, aquí la función práctica del discurso ha desaparecido, pues el poema no intenta, propiamente convencer a nadie para que tome determinadas decisiones. Quevedo adopta la forma de la argumentación suasoria para trascenderla, convirtiéndola en configuración poética, en pura expresividad artística al margen de su eficacia práctica.

En las páginas que siguen iré copiando el poema en su totalidad, intercalando algunas observaciones y comentarios. Sigo el texto de Blecua, salvo en algún pequeño detalle de puntuación<sup>10</sup>. La silva, hasta el verso 58, está dirigida a un interlocutor ficticio que se identifica con el inventor del cañón (es decir, de la «pieza de artillería») aunque en algunos momentos la personalidad de este interlocutor se desdibuja creando un oyente genérico que funciona simplemente como representante del hombre, en cuanto miembro de una especie capaz de usar armas tan crueles y mortíferas. La diatriba comienza de manera súbita con una interrogación en la que se contrastan abruptamente la grandeza y libertad del elemento del fuego con la angostura del cañón, convertido aquí en «cárcel de metal», en la que el hombre pretende aprisionarlo:

¿En cárcel de metal, oh atrevimiento,  
que al cielo, si es posible, da cuidado,  
quieres encarcelar libre elemento,  
aun en las nubes nunca bien atado? (vv. 1-4)

Lo que «da cuidado al cielo» pudiera ser el atrevimiento del hombre, pero parece más lógico suponer que es la «cárcel de metal», el cañón mismo, cuyo estruendo se diría que acaso llegue a aterrorizar a los mismos dioses. Por otra parte, el fuego, efectivamente, es el elemento más libre, en la medida en que es el menos

<sup>9</sup> Plutarco, *Obras morales*, ed. López Salvá *et al.*, 1985-1998, 191, E, vol. III, p. 80.

<sup>10</sup> Quevedo, *Poesía original...*, ed. Blecua, 1981, núm. 144, p. 127. A partir de ahora citaré por número de verso.

sujeto a la ley de la gravedad, el que se proyecta hacia mayor altura y se halla más lejos de la tierra. Luego, para encarecer esa libertad, se dice que a pesar de que su lugar es el más alto, ni siquiera allí se aquieta. En esta frase del último verso, el fuego se materializa en el rayo, ese fuego que, en lugar de seguir su impulso natural hacia lo alto, recae de nuevo sobre la tierra. Según la cosmología clásica, el rayo no se formaba en la región del fuego, sino en la del aire, lo que, sin que pretendamos exigir al poema especial exactitud científica, da su sentido a la alusión a las nubes, que, ni siquiera en la altura y amplitud de su región, consiguen retener al rayo.

A la primera interrogación, suceden estas otras:

¿Al fuego, que no sabe  
obedecer ni perdonar, te atreves?  
¿Al que sólo en las manos de Dios cabe  
cerrar pretendes en clausuras breves? (vv. 5-8)

Como es frecuente en Quevedo, los temas se suceden con cierto desorden, atropellándose unos a otros, desapareciendo para luego volver a surgir inesperadamente en otro lugar. Aquí, por ejemplo, el poeta alude al fuego como atributo divino, motivo que reaparecerá en los versos 19-24. De nuevo encontramos el contraste entre lo inmenso, que sólo «cabe en la mano de Dios» y las «clausuras breves» del cañón. En la interrogación siguiente se dirige a su interlocutor llamándole «tirano», término que Quevedo usa con frecuencia como vituperio totalmente al margen de su sentido político:

¿Cómo, di, de los rayos del verano  
no aprendiste, tirano,  
ya que a temerle no, a respetarle?  
Antes pruebas, solícito, imitarle,  
sin ver que, presumiendo de hacerle,  
sólo podrás llegar a merecerle. (vv. 9-14)

El inventor de la artillería no sólo fue incapaz de respetar al rayo como emblema de la cólera divina, sino que quiso imitarlo. La comparación entre el cañonazo o el disparo del arcabuz y el rayo es, como hemos visto, uno de los motivos poéticos más frecuentes cuando se trata este tema. Según Ariosto, el inventor de las armas de fuego «ebbe da quel l'esempio / ch'apre le nubi e in terra vien dal cielo»<sup>11</sup>. Lo mismo puede verse en los ejemplos de Juan Segundo, Pietro degli Angeli, Girolamo Fracastoro, Girolamo Falletti y Aonio Paleario que recuerda Herrera en sus anotaciones a propósito del soneto de Garcilaso ya mencionado. También

<sup>11</sup> Ariosto, *Orlando*, ed. Turchi, 1978, vol. I, p. 251, XI, 22.

Boccalini, en los *Ragguagli di Parnaso*, que Quevedo leyó y que cita en varios lugares, habla de «un flagello tanto simile al tremendo fulmine divino»<sup>12</sup>. Ahora bien, añade Quevedo, el que pretende imitar el rayo, «presumiendo de hacerle», sólo conseguirá «merecerle»; es decir, que intentando arrebatar a Júpiter el atributo de su poder, se hará merecedor de que éste le castigue fulminándolo. En esta correspondencia tan simétrica entre el delito y el castigo, podría verse una vaga alusión a Salmoneo, el rey de Élide cuya historia recuerda Virgilio en *La Eneida*<sup>13</sup>, el cual quiso, en efecto, imitar el rayo y el trueno y ser adorado como dios, por lo que Júpiter le castigó lanzándole un rayo.

El orden de los versos que vienen a continuación es problemático. Seguimos el que propone Blecua, que parece el más convincente, pero aún así, el v. 15 resulta un poco intempestivo, pues no se sabe muy bien qué relación tiene con el tema el hecho de que la fuerza del viento pueda derrumbar torres. Se podría pensar, simplemente, que el temerario y soberbio puede ser vencido, al igual que las torres aparentemente más sólidas pueden ser arruinadas por la fuerza del viento. En lo que sigue, las ciudades destruidas por el fuego, —en este caso Troya, arrasada por los griegos y Roma, incendiada, según se decía, por Nerón—, deben servir al hombre de advertencia para que no use el fuego como arma.

Torres derrama el viento impetuoso.  
¿No te son escarmiento lastimoso  
tantas cenizas que ciudades fueron  
cuando el troiano muro y Roma ardieron? (vv. 15-18)

Luego vuelve Quevedo a recordar que el fuego es un atributo divino que el hombre no debe intentar usurpar. Las formulaciones que se emplean llevan a pensar no sólo en el rayo de Júpiter sino en el Dios bíblico, cuya cólera a menudo se identifica con el fuego: «Yavé los consumirá en su ira, el fuego los abrasará»<sup>14</sup>; «He aquí el nombre de Yavé, que viene de lejos. Arde su cólera, es un violento incendio»<sup>15</sup>; «Derramaré sobre ti mi furor, soplaré contra ti el fuego de mi ira»<sup>16</sup>.

De la diestra de Dios omnipotente  
deja sólo tratarse el fuego ardiente.  
Ministro de sus iras va delante  
de su faz radiante

<sup>12</sup> Boccalini, *Ragguagli di Parnaso*, ed. Firpo, 1948, 1, XLVI, vol. I, p. 166.

<sup>13</sup> Virgilio, *L'Eneide*, ed. Rat, 1960-1962, VI, vv. 585-94.

<sup>14</sup> *Salmos*, 21, 10.

<sup>15</sup> *Isaías*, 30, 27

<sup>16</sup> *Ezequiel*, 21, 31.

llevando los castigos  
a todos los que son sus enemigos. (vv. 19-24)

Súbitamente, se pasa a hablar del fuego como uno de los cuatro elementos, tema que ya se insinuó en los versos 3 y 4, pero ahora para señalar que la naturaleza lo puso en el lugar más alto, como si fuera rey de los otros tres:

¿No ves que es su grandeza  
tal, que Naturaleza  
le dio, como monarca de elementos,  
los últimos asientos... (vv. 25-28).

Inmediatamente después, mediante otro salto temático tan abrupto como el anterior, el poeta recuerda que el fin del mundo vendrá por el fuego, tal como se afirma en tantas cosmogonías. Los estoicos hablaban de la conflagración que habría de llevar el universo a su acabamiento, y el fuego forma parte de las imágenes bíblicas y cristianas del juicio final, desde el versículo de *Isaías*: «Porque va a juzgar Yavé por el fuego»<sup>17</sup> hasta el «dum veneris iudicare saeculum per ignem» del Oficio de difuntos, sin olvidar los incendios pavorosos del *Apocalipsis*. Recordando la diversidad de tradiciones que imaginan así el final del mundo, Tasso escribe: «Tempo certo verrà, come rimbomba. / Sacra fama in più lingue e già vetusta. / Che'l foco infiammerá la terra e l'onde. / E tutto in un incendio sciolto'l mondo / caderá sparso in cenere e'n faville»<sup>18</sup>.

y que, en su llama entonces justiciera,  
el postrer día espera? (vv. 29-30)

La referencia al fuego como ministro de la ira divina e instrumento de su juicio, conduce a la exhortación para que el hombre no intente cautivarlo en la pequeña prisión que es el cañón o la pólvora misma:

Deja, pues, las prisiones que le trazas;  
no le desprecies, ignorante y ciego,  
tan duras amenazas. (vv. 31-33)

Pero además, no sólo el fuego acabará con el mundo, sino que todo fuego destruye la vida del hombre, por lo cual éste no puede tener trato ni amistad con él, (no puede «conversarse» con él). A pesar de ello, Quevedo recuerda inmediatamente la idea contraria,

<sup>17</sup> *Isaías*, 66, 16.

<sup>18</sup> Tasso, *Il mondo creato, Secondo Giorno*, ed. Petrocchi, 1951, vv. 254-58.

que igualmente ha de servir para producir en el hombre veneración y respeto, de que sin él, sin el calor del sol, no habría vida sobre la tierra:

Jamás se conversó con hombre el fuego;  
en él ninguno vive  
y de él cuanto hay acá vida recibe. (vv. 34-36)

Siguiendo con el esquema de los cuatro elementos, el poeta exhorta a su interlocutor a que, abandonando sus temerarias pretensiones sobre el fuego, extienda su dominio sobre la tierra, el agua y el aire que, al contrario de aquel, se hallan bajo el poder y al servicio del hombre. En primer lugar, el poeta le invita a recorrer a su voluntad la superficie de la tierra:

Discurre por la tierra,  
con la perpetua servidumbre ufana  
de cuanto el mundo encierra;  
que ella a la planta humana  
respeto por el peso más glorioso. (vv. 37-41)

La tierra está «ufana de su perpetua servidumbre», está orgullosa de cumplir con su destino, que es el de sostenerlo todo y de aguantar su peso; pero el peso que más respeta es el del hombre, que es aquí, por metonimia, «la planta humana». Luego el poeta anima a usar del segundo elemento navegando por los mares:

Ve al alto mar furioso,  
enséñale a sufrir selvas enteras;  
su paciencia ejercita con galeras; (vv. 42-44)

La idea de que el mar «sufre» el peso de los barcos, que le «opreme» y le hace «gemir» o «suspirar», forma parte del código poético renacentista y barroco: «Geme il vicino mar sotto l'incarco / de l'alte navi»<sup>19</sup>; «Del más gallardo y más vistoso extremo / de cuantos las espaldas de Neptuno / oprimieron jamás»<sup>20</sup>; «ya siente el mar undisono la carga, / y del peso parece que suspira»<sup>21</sup>; «sin temor alguno / de verse el tridentífero Neptuno / oprimido del peso de las naves»<sup>22</sup>; «ni el oprimir tus olas / las naves y galeras españolas»<sup>23</sup>; «Con un frágil leño oprime la soberbia del mar»<sup>24</sup>;

<sup>19</sup> Tasso, *Gerusalemme liberata*, ed. Guglielminetti, 1982, 1, 79, vol. I, p. 28.

<sup>20</sup> Cervantes, *Viaje del Parnaso*, ed. Gaos, 1974, 1, vv. 154-56

<sup>21</sup> Lope de Vega, *La Circe*, en *Obras poéticas*, ed. Blecua, 1983, p. 1032.

<sup>22</sup> Lope de Vega, «El siglo de oro», en *Rimas humanas y otros versos*, ed. Carreño, 1998, p. 795.

<sup>23</sup> Fernández de Andrada, *Epístola moral a Fabio y otros escritos*, ed. Alonso, 1993, p. 87.

«el que enseñó a su espalda ondosa y fuerte / a que sufriese el peso de un madero»<sup>25</sup>; «da ley al mundo y peso al Océano»<sup>26</sup>.

Naturalmente, las «selvas enteras» son las flotas de barcos. En la poesía clásica es muy frecuente, cuando se trata el tema de la navegación, la referencia al árbol con cuya madera están hechos los remos o el casco del navío, contraponiendo a veces la vida tranquila del árbol en tierra con los peligros y riesgos que corre cuando surca los mares. Esta idea se halla en los versos iniciales de la *Medea* de Eurípides y en otros muchos pasajes clásicos<sup>27</sup>. A veces se trata de una simple metonimia, como cuando Góngora llama al barco «alado roble»<sup>28</sup> o explica que el navegante «surcó, labrador fiero, / el campo undoso en mal nacido pino»<sup>29</sup>; o, describiendo un naufragio, dice: «entre globos de agua, entregar veo / a las arenas ligurina haya»<sup>30</sup>, o alude a los restos del navío como «trágicas ruinas de alto roble»<sup>31</sup>. Los ejemplos podrían multiplicarse: «te fiaste con un frágil pino / de tentar el furor del viento airado»<sup>32</sup>; «abriendo sendas por sus ondas graves / los hijos de los montes, / excelsos pinos y labradas hayas»<sup>33</sup>; «¡Bien dichoso, si alguna haya / rota concede beses esta playa»<sup>34</sup>; «¿Quién dio al roble y a l'haya atrevimiento / de nadar?»<sup>35</sup>; «Fías [...] en alado pino / los tesoros al mar»<sup>36</sup>; «Diste crédito a un pino, / a quien del ocio dura avara mano / trajo del monte al agua, peregrino»<sup>37</sup>.

Otras veces se traza una relación entre el árbol, antes de ser cortado, y el barco que se fabricó después con su madera, contraponiendo la paz primera a los peligros de la navegación: «El verde roble, que es barquillo ahora»<sup>38</sup>; «Hija de noble selva —cual presume / tu nave altiva y fuerte— fue la mía»<sup>39</sup>; «¿Dónde vas, ignoran-

<sup>24</sup> Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, ed. Díaz de Revenga, Barcelona, 1988, p. 577.

<sup>25</sup> Quevedo, *Poesía original...*, ed. Blecua, 1981, núm. 134, vv. 3-4.

<sup>26</sup> Quevedo, *Poesía original...*, ed. Blecua, 1981, núm. 137, v. 4.

<sup>27</sup> Aparecen en igualmente en Virgilio, *Bucólicas*, IV, v. 38; Horacio, *Odas*, 1, XIV, 11; Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 94-95 y 133-35; Tibulo, 1, 3, 36; Catulo, LXIV, 1-3; Propertio, III, 13-25; Séneca, *Medea*, v. 336. También en los epigramas 30, 31, 105, 131, 376 del libro IX de la *Antología griega* y es un motivo frecuentísimo en la poesía barroca.

<sup>28</sup> Góngora y Argote, *Soledades*, ed. Jammes, 1994, I, v. 394.

<sup>29</sup> Góngora y Argote, *Soledades*, ed. Jammes, 1994, I, v. 370-71.

<sup>30</sup> Góngora y Argote, *Polifemo*, ed. Alonso, 1967, v. 442.

<sup>31</sup> Góngora y Argote, *Soledades*, ed. Jammes, 1994, II, v. 384.

<sup>32</sup> Virués, *El Montserrat*, citado por Vilanova, 1957, vol. II, p. 640.

<sup>33</sup> Lope de Vega, «El siglo de oro», en *Rimas humanas y otros versos*, ed. Carrreño, 1998, p. 795.

<sup>34</sup> Carrillo Sotomayor, *Poesías completas*, ed. D. Alonso, 1936, p. 106.

<sup>35</sup> Quevedo, *Poesía original...*, ed. Blecua, 1981, núm. 107, vv. 9-10.

<sup>36</sup> Quevedo, *Poesía original...*, ed. Blecua, 1981, núm. 115, vv. 9-11.

<sup>37</sup> Quevedo, *Poesía original...*, ed. Blecua, 1981, núm. 136, vv. 1-3.

<sup>38</sup> Góngora y Argote, *Soledades*, ed. Jammes, 1994, II, v. 38.

<sup>39</sup> Carrillo de Sotomayor, *Poesías completas*, ed. Alonso, 1936, p. 105.



te navecilla, / que, olvidando que fuiste un tiempo haya, / aborreces la arena de esta orilla, / donde te vio con ramos esta playa?»<sup>40</sup>; «ausente yace de la selva cara, / do el verde ornato conservar pudiera»<sup>41</sup>; «Este que ves, oh huésped, vasto pino, / útil sólo a la llama ya en el puerto, / selva frondosa un tiempo, en descubierto / cielo dio amiga sombra al peregrino»<sup>42</sup>; «lo que es leño en la mar, es aquí haya»<sup>43</sup>; «De selva nieto fue, para ser hijo / de artífice prolijo, / bajel que ya cascado / se queja»<sup>44</sup>.

A partir de aquí se hace comprensible la metáfora según la cual los muchos barcos son selvas que navegan sobre el mar; si cada navío es un árbol, el conjunto es un bosque. Quizá influya también la idea, más plástica y menos conceptual, según la cual los palos y mástiles del barco, por su forma y por su procedencia, pudieran compararse con troncos de árboles, semejanza de la que procede la palabra «arboladura». Pero históricamente se puede afirmar que lo que produce la imagen de las selvas que navegan por las aguas es la metonimia que recuerda que los barcos están hechos con la madera del árbol, más que la semejanza formal de árboles y mástiles. Quevedo emplea formulaciones parecidas en otros lugares, en alabanza de Carlos V, que comienza: «Las selvas hizo navegar, y el viento / al cáñamo en sus velas respetaba»<sup>45</sup>; y en otro poema, donde los barcos son «selva errante deslizada»<sup>46</sup>. Maurer<sup>47</sup> dice que esta imagen procede de las *Soledades*: «Piloto hoy la Cudicia, no de errantes / árboles, mas de selvas inconstantes»<sup>48</sup>, así como de otras expresiones gongorinas: «velero bosque», «selvas inquietas». Volvemos a encontrar esta imagen en otros poetas del siglo XVII: «selva parece el mar, y selva amena»<sup>49</sup>; «Famosa armada [...] / selva del mar»<sup>50</sup>; «los árboles portátiles de España»<sup>51</sup>; «Tus invictas católicas banderas / domaron mares y naciones fieras [...] / haciendo sus repúblicas errantes / selvas del mar las que eran cumbres antes»<sup>52</sup>; «Este en selva inconstante alado pino»<sup>53</sup>. Salcedo Coronel, comentando el soneto de Góngora que comienza «Velero bosque de árboles poblado» —en el que la

<sup>40</sup> Quevedo, *Poesía original...*, ed. Blecua, 1981, núm. 138, vv. 1-4.

<sup>41</sup> Jáuregui, «A un navio destrozado en la ribera del mar», en *Obras*, ed. Ferrer de Alba, 1973, vol. 1, p. 30.

<sup>42</sup> Rioja, *Poesía*, ed. López Bueno, 1984, p. 159; *cf.* también p. 172 y 219.

<sup>43</sup> Espinosa, *Poesías completas*, ed. López Estrada, 1975, p. 145.

<sup>44</sup> Villegas, *Eróticas o amorosas*, ed. Alonso Cortés, 1956, p. 25.

<sup>45</sup> Quevedo, *Poesía original...*, ed. Blecua, 1981, núm. 214, vv. 1-2.

<sup>46</sup> Quevedo, *Poesía original...*, ed. Blecua, 1981, núm. 107, v. 10.

<sup>47</sup> Maurer, 1981, p. 54.

<sup>48</sup> Góngora y Argote, *Soledades*, ed. Jammes, 1994, I, vv. 403-404.

<sup>49</sup> Lope de Vega, *Obras poéticas*, ed. Blecua, 1983, p. 578.

<sup>50</sup> Lope de Vega, *Rimas*, ed. Carreño, 1998, p. 175.

<sup>51</sup> Lope de Vega, *Rimas*, ed. Carreño, 1998, p. 697.

<sup>52</sup> Borja, *Obras en verso*, 1654, p. 254.

<sup>53</sup> Villamediana, *Poesía*, ed. Ruestes, 1992, p. 510.

imagen no se refiere a una flota, sino a un solo barco— señala un antecedente en Virgilio y otro en Estacio. La frase de Virgilio se halla en la descripción de una batalla naval, en la que los barcos se comparan a islas o a montes: «pelago credas innare revolsas / Cycladas aut montis concurrere montibus altos»<sup>54</sup> ('parecía que las Cícladas, descuajadas, iban por el mar, o que los altos montes chocaban con los montes'). Como se ve, no parece haber gran relación entre esta imagen de los barcos, en la que se destaca su peso y sus dimensiones, y la idea de la flota convertida en un bosque. Lo mismo se puede decir del verso de Estacio, que procede sin duda del de Virgilio, y en el que una sola nave, la de los Argonautas, es comparada con una isla y con un monte: «Abruptam credas radicibus ire / Ortygiam aut fractum pelago decurrere montem»<sup>55</sup>, ('parecía la Ortigia, arrancada de raíz, o que un monte descuajado se precipitase hacia el mar'). Sin embargo, hay otro lugar de la literatura clásica que podría hallarse en el origen de esas «selvas que navegan» y que, curiosamente, es también de Estacio, pero no de la *Tebaida*, sino de la *Aquileida*. En este poema, cuando se narran los preparativos para la guerra de Troya, se dice que los griegos cortaban multitud de árboles para construir naves, tanto para fabricar los cascos como los aparejos y los remos. Y a modo de conclusión se dice: «Iam natat omne nemus»<sup>56</sup> ('Ya todos los bosques van navegando por el mar').

Volvamos ahora al texto de la silva de Quevedo. En los versos siguientes se dice que el hombre no sólo se sirve del agua para navegar sobre ella, sino también para saciar su sed:

y en las horas ardientes  
en venganza del sol, bebe las fuentes; (vv. 45-46)

El hombre bebe las fuentes «en venganza del sol», pues es éste quien le produce la sed; pero al beber el agua, se la quita al sol, el cual, en caso contrario, se la hubiera quedado para sí, apropiándose de ella mediante la evaporación.

Inmediatamente después vuelve a hablarse de la navegación, pero ahora se trata de la fluvial. El hombre imita el resbalar de los ríos al navegar por ellos dejándose llevar por la fuerza de la corriente:

y al pueblo de los ríos  
imita en resbalar sus campos fríos; (vv. 47-48)

<sup>54</sup> Virgilio, *L'Énéide*, ed. Rat, 1960-1962, VIII, vv. 691-92.

<sup>55</sup> Estacio, *Tebaida*, ed. Faranda, 1998, V, vv. 338-39.

<sup>56</sup> Estacio, *Aquileida*, ed. Rosati, 1994, 1, 425.

En último lugar se habla del tercer elemento, el aire:

y por sendas extrañas,  
obediente a tu vida,  
por más grato reparo a tus entrañas,  
la parte más remota y escondida,  
visite, nuevo alivio al calor lento,  
con sucesiva diligencia el viento. (vv. 49-54)

Si no entiendo mal este pasaje, habría que interpretarlo de la manera siguiente: 'Que el viento [el aire] visite, por sendas extrañas [por los conductos respiratorios], con sucesiva diligencia [siguiendo el ritmo de la respiración], la parte más remota y escondida [el corazón], obediente a tu vida, siendo reparo grato para tus entrañas y dando nuevo alivio [«nuevo» en el sentido de renovado o reiterado] al calor lento [del corazón]'. Todo esto se basa, naturalmente, en las ideas de la medicina de la época. Veamos cómo las expone uno de los libros científicos más célebres del siglo XVI: «En lo que toca al anatomía del pulmón, decimos que es miembro ordenado principalmente de naturaleza para refrigerio del corazón [...]. El oficio del pulmón sirve [...] para traer un aire fresco y limpio para refrescar el corazón y para echar fuera el aire que viene caliente del corazón [...]. La complexión del corazón es caliente sobre todas las otras partes del cuerpo, por razón de la gran suma de espíritus que en él se contiene»<sup>57</sup>; «Asimismo se ha de saber que si los espíritus vitales no tuviesen aire fresco que perpetuamente los refrigerase, antes que se pudiesen engendrar otros nuevos espíritus se resolverían los primeros y se consumirían de todo punto»<sup>58</sup>. Encontramos un eco literario de estas afirmaciones en Fray Luis de Granada, cuyas ideas científicas estuvieron muy influidas, en opinión de Laín Entralgo<sup>59</sup>, por las de Bernardino Montaña. Hablando precisamente de los cuatro elementos, dice Fray Luis: «Comenzaremos por el aire, cuyos beneficios son muchos. Porque primeramente con él respiran los hombres [...] recibiendo [...] este refrigerio con que refrescan y tiemplan el ardor del corazón, que es un miembro calidísimo, para que no se ahogue con la abundancia de su calor»<sup>60</sup>. Unas páginas más adelante explica con más detalle: «Por ser el corazón calidísimo, como está dicho, le proveyó aquel sapientísimo Maestro, como a rey, de un continuo refrescador que le está siempre haciendo aire para que

<sup>57</sup> Montaña de Montserrat, *Libro de la Anatomía del hombre*, Valladolid, 1551, fol. XCIX.

<sup>58</sup> Montaña de Montserrat, *Libro de la Anatomía del hombre*, Valladolid, 1551, fol. LXXII.

<sup>59</sup> Laín Entralgo, 1946, p. 168.

<sup>60</sup> Fray Luis de Granada, *Introducción al símbolo de la fe*, ed. Balcels, 1989, p. 207.

no se ahogue con su demasiado calor [...]. De suerte que este miembro [los pulmones], a manera de fuelles, se está siempre abriendo y cerrando y, abriéndose, recibe el aire fresco con que refrigera el corazón, y cerrándose, despidе el caliente que dél procede»<sup>61</sup>.

La referencia a los tres elementos termina con los siguientes versos de recapitulación:

Estos corteses elementos trata:  
blando aire, tierra humilde, mar de plata;  
las soberbias del fuego reverencia,  
y teme su inclemencia. (vv. 55-58)

A partir de ahora, el poema ya no se dirige a una segunda persona, sino que se habla en tercera del inventor de la artillería. En la poesía latina constituye una fórmula acuñada el censurar determinado hecho o actividad maldiciendo al primero que la realizó: «Quis fuit, horrendos primus qui protulit enses?»<sup>62</sup>, (¿Quién fue el primero que inventó las horribles espadas?). La fórmula se emplea con especial frecuencia en las diatribas contra la navegación: «Illi robor et aes triplex / circa pectus erat, qui fragilem truci / commisit pelago ratem / primus»<sup>63</sup>, ('Tenía tres veces rodeado el pecho de roble y bronce el primero que confió un frágil barco al mar furioso'); «A pereat, quicumque ratis et vela paravit / primus et invito gurgite fecit iter!»<sup>64</sup>, ('¡Ah, perezca quienquiera que primero inventó los barcos y las velas y se hizo camino forzando la voluntad del mar!'); «Audax nimium qui freta primus / rate tam fragili perfida rupit»<sup>65</sup>, ('Muy audaz fue el primero que surcó los pérfidos mares en tan frágil barco'); «Inventa secuit primus qui nave profundum...»<sup>66</sup>, ('El primero que inventó un barco y surcó el abismo'). Las imitaciones de este motivo en la poesía áurea son innumerables, y en el mismo Quevedo se encuentran varios ejemplos. Pero si volvemos a nuestro tema, veremos también esta construcción en las diatribas contra la artillería del siglo XVI y XVII. Dice Juan Segundo en una de sus elegías, tomando pie del verso de Tibulo citado más arriba: «Ah! pereat duros primum qui protulit enses! / [...] / Ille autem scelere ante alios immanior omnes, / Tormenti invenit qui genus arte nova / infandum, horrendum»<sup>67</sup> ('¡Ah, muera quien inventó la dura espada! [...] Pero, sobre todos,

<sup>61</sup> Fray Luis de Granada, *Introducción al símbolo de la fe*, ed. Balcells, 1989, pp. 432-33.

<sup>62</sup> Tibulo, *Poemas*, ed. Otón, 1979, 1, X, 1.

<sup>63</sup> Horacio, *Odas*, ed. J. Juan, 1987, 1, III, vv. 9-12.

<sup>64</sup> Propertio, *Elegías*, ed. Tovar, 1984, 1, XVII, vv. 13-14.

<sup>65</sup> Séneca, *Medea*, ed. Biondi, 1994, vv. 301-302.

<sup>66</sup> Claudiano, *De raptu Proserpinae*, en *Claudiano*, ed. Platnauer, 1972, 1, 1-2.

<sup>67</sup> Segundo, *Besos*, ed. Gete Carpio, 1979, II, XI, p. 265.

el más criminal fue quien concibió ese nuevo ingenio de tormento, indescriptible, horrendo, siniestro'). Igualmente, dice Quevedo en la silva que comentamos:

De hierro fue el primero  
que violentó la llama  
en cóncavo metal, máquina inmensa. (vv. 59-61)

La expresión «de hierro fue», con el significado de «tuvo un corazón duro», también es de procedencia clásica, pues traduce el *ferreus est o ferreus fuit* de la poesía latina: «Ferreus est, siquis, quod sinit alter, amat»<sup>68</sup> ('De hierro es aquel que ama lo que otro le permite'); «Ferreus ille fuit, qui te cum possit habere»<sup>69</sup> ('De hierro fue aquel que, habiendo podido poseerte'); «Ferreus es si stare potest»<sup>70</sup> ('De hierro eres si puedes excitarte'). Y también encontramos en la poesía latina esta expresión unida a la diatriba contra el primero que hizo determinada cosa: «Qui primus caram iuveni carumque puellae / Eripuit iuvenem, ferreus ille fuit»<sup>71</sup> ('De hierro fue el primero que robó su amada a un joven y un joven a su amada').

La expresión fue muy imitada en la poesía española, sobre todo aplicada al tema de la navegación: «Bien fue de acero y bronce aquel primero / que en cuatro tablas confió su vida / al mar»<sup>72</sup>; «¡De bronce debió de ser / quien osó en el mar poner / primero un frágil navío!»<sup>73</sup>; «¡Ay, cuánto fue cruel el que primero / aró el campo salado! / ¡Ay, cuánto, ay, cuánto fue de duro acero!»<sup>74</sup>; «De metal fue el primero / que al mar hizo guadaña de la muerte»<sup>75</sup>.

La invectiva de Quevedo contra el inventor de la artillería prosigue en los siguientes términos:

Fue más que todos fiero,  
digno de los desprecios de la Fama. (vv. 62-63)

Parece que esta última frase significa que el culpable merece que la fama le desprecie, es decir, que debería ser borrado de la memoria de los hombres o, quizá más probablemente, que debería ser recordado como un ser culpable y odioso.

<sup>68</sup> Ovidio, *Amors*, ed. Petit, 1971, II, XIX, 4.

<sup>69</sup> Tibulo, *Poemas*, ed. Otón, 1979, 1, 2, 64.

<sup>70</sup> Marcial, *Épigrammes*, Hizaac, 1973, XI, ep. XXVII

<sup>71</sup> Tibulo, *Poemas*, ed. Otón, 1979, II, II, 1-2.

<sup>72</sup> Lope de Vega, *Rimas humanas*, ed. Carreño, 1998, p. 150.

<sup>73</sup> Lope de Vega, *El Isidro*, VI, 50, *Obras selectas*, ed. Sáinz de Robles, 1964, II, p. 477.

<sup>74</sup> Carrillo y Sotomayor, *Poesías completas*, ed. D. Alonso, 1936, p. 107.

<sup>75</sup> Quevedo, «Sermón estoico», en *Poesía original*, ed. Bleuca, 1981, núm. 145, v. 61.

Este burló a los muros su defensa; (v. 64)

Es decir, que hizo que la protección que antes ofrecían las murallas haya desaparecido, «perche l'impeto delle artiglierie è tale che non truova muro, ancorachè grossissimo, che in pochi giorni ei non abbatta»<sup>76</sup>. En la prosa de Quevedo encontramos dos lugares donde se expresa esta misma idea. Uno de ellos se halla en *La hora de todos*: «Inventóse poco ha la artillería contra las vidas seguras y apartadas, falseando el cal y canto de las murallas»<sup>77</sup>. El otro está en *Providencia de Dios*: «Con él [con el fuego aprisionado en la pólvora] burló las defensas de las armas y de la murallas»<sup>78</sup>. El fragmento siguiente se inicia diciendo que el inventor de la pólvora fue «lisonjero con la muerte negra». «Lisonjero» no es aquí el que adula, sino el que agrada o deleita; con la invención de la artillería son muchos más los que mueren en la guerra, lo cual «lisonjea a la muerte». Inmediatamente después, aparece la idea, tópica cuando se trata este tema, pero cuyo origen, como vimos, se halla en Plutarco, de que la artillería ha acabado con el valor militar:

éste, a la muerte negra lisonjero,  
la gloria del valiente dio al certero;  
quitó el precio a la diestra y a la espada,  
y a la vista segura dio la gloria,  
que antes ganó la sangre aventurada. (vv. 65-69)

El «certero» en el tiro posee ahora la gloria que antes tuvo el valeroso, que no puso su confianza en artificios mecánicos, sino en la fuerza de su mano y en el temple de su espada. Quevedo, hablando de este mismo tema, usa una expresión casi exacta en *La hora de todos*: «dando más victorias al certero que al valeroso»<sup>79</sup> y de nuevo en *Providencia de Dios*: «pasó la gloria del valiente al certero»<sup>80</sup>. La gloria es ahora para «la vista segura» del que sabe dar en el blanco en lugar de para la «sangre aventurada», es decir, para el valiente que arriesga o aventura su propia sangre. Recuérdese la frase, también de *La hora de todos*, que dice: «Sea prerrogativa

<sup>76</sup> Maquiavelo, *Sopra la prima Deca di Tito Livio*, ed. Panella, 1939, lib. II, XVII, p. 293.

<sup>77</sup> Quevedo, *La hora de todos*, ed. Bourg, et al., 1987, p. 302, especialmente n. 493.

<sup>78</sup> Quevedo, *Providencia de Dios*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, vol. I, p. 1550.

<sup>79</sup> Quevedo, *La hora de todos*, ed. Bourg, et al., 1987, p. 302.

<sup>80</sup> Quevedo, *Providencia de Dios*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, vol. I, p. 1550.

tiva la sangre, o vertida o aventurada; no la presuntuosa en genealogías y antepasados»<sup>81</sup>.

La pólvora se alzó con la victoria;  
della los reyes son y los tiranos;  
ya matan más los ojos que las manos; (vv. 70-72)

Ahora es la pólvora la que vence, no el valor; por eso los reyes y tiranos están bajo su jurisdicción, pues ella es la que concede el triunfo y otorga el poder; y de nuevo, en el último verso, se vuelve al tema de la habilidad a la hora de tomar la puntería («los ojos») que tiene más importancia en la guerra que las manos que blanden la espada. La frase del verso 72 aparece casi igual en *Providencia de Dios*, donde, hablando de la pólvora, se dice que «hizo que por la puntería diesen más muertes los ojos que las manos»<sup>82</sup>. En los versos que siguen hay un brusco cambio temático, con el que se pasa a recordar que aunque el fuego, que se identifica ahora con el calor del sol, es quien da vida a todos los seres del mundo, a partir de la aparición de la artillería el fuego destruye más vidas de las que crea:

y con ser cuantas vidas goza el suelo  
merced del fuego, corazón del cielo,  
después que a su pesar el bronce habita,  
muchas más vidas que nos da nos quita. (vv. 73-76)

El fuego «habita el bronce», es decir, que es introducido en el interior del cañón, pero «a su pesar», pues esto ocurre por mano del hombre y no por un impulso o movimiento natural. Quevedo llama al sol «corazón del cielo» en otro lugar<sup>83</sup>, tal como hicieron «los antiguos físicos», según recuerda Marsilio Ficino en su escrito *De sole*<sup>84</sup>.

En los versos siguientes, hasta el final del poema, se vuelve a la segunda persona:

Deja, no solicites  
las impaciencias de la llama ardiente;  
y al polvo inobediente  
que él arda disimules, no le incites. (vv. 77-80)

<sup>81</sup> Quevedo, *La hora de todos*, ed. Bourg, et al., 1987, p. 363.

<sup>82</sup> Quevedo, *Providencia de Dios*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, vol. I, p. 1550.

<sup>83</sup> Quevedo, «Homilía a la Santísima Trinidad», en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1296.

<sup>84</sup> Ficino, *De sole*, ed. Garin, 1977, p. 984: «Physici veteres Solem cor caeli nominaverunt, cap. VI».

El verbo «solicitar» está usado aquí con el significado que tiene en latín de ‘agitar, perturbar, incitar’. Se trata de un latinismo semántico que, como advierte Alfonso Rey<sup>85</sup>, Quevedo emplea otras veces en su poesía<sup>86</sup>. El hecho de que en todos estos ejemplos el verbo se use referido al mar hace pensar en la influencia de un verso de Virgilio: «Sollicitant alii remis freta caeca»<sup>87</sup> (‘Otros agitan con los remos mares desconocidos’). Por otro lado, llama la atención el uso de la forma «disimules» como imperativo; hay una variante que registra Blecua en donde el verso reza de la siguiente manera: «que el ardor disimula, no le incites», construcción que parece más lógica y más comprensible. En *Providencia de Dios*, Quevedo, tratando igualmente acerca de la pólvora, usa palabras muy semejantes: «[El hombre] disimuló en menudo polvo sus impacencias [las del fuego] y aprisionó su ímpetu en los cañones de metal»<sup>88</sup>. En el texto en prosa, «disimular» es ‘esconder’; el hombre, al inventar la pólvora, escondió en sus granos toda la fuerza y energía del fuego. Esto nos lleva a inclinarnos por la variante citada, en la cual es la pólvora la que ‘disimula su propio ardor’, lo cual parece tener más sentido que lo que dice el verso editado por Blecua.

El sujeto de las frases siguientes es, precisamente, «el polvo inobediente»:

Derribará la torre y la muralla,  
vencerá la batalla,  
y dejará afrentadas  
mil confianzas de armas bien templadas. (vv. 81-84)

El adjetivo «templadas» aplicado a las armas obliga a pensar en espadas o en otras armas blancas, que aparecen aquí en contraposición a las armas de fuego. Otra vez se vuelve a afirmar que la pólvora ofenderá a la espada, es decir, al valor del ánimo y a la fuerza del brazo. La misma idea continúa en los versos finales, expresada de forma paradójica. El poeta ha dicho que la pólvora había acabado con la gloria y la valentía; por eso ahora puede decir que la gloria y la valentía serán «suyas», de la pólvora, pues ella las ha arrebatado a los soldados. El inventor de la pólvora sólo podrá ufanarse de su «osadía», cualidad que aquí se contra-

<sup>85</sup> Rey, 1995, p. 140.

<sup>86</sup> Por ejemplo en Quevedo, *Poesía original*, ed. Blecua, 1981, núm. 12, v. 81: «No solicito el mar con vela y remo»; núm. 142, v. 66: «Solicitud los mares» y también en su prosa. Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, vol. I, p. 1312: «[Moisés] enseñoreaba los elementos [...], solicitaba los mares, aterraba a los egipcios».

<sup>87</sup> Virgilio, *Bucoliques*, ed. Saint-Denis, 1970, II, v. 503.

<sup>88</sup> Quevedo, *Providencia de Dios*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, vol. I, p. 1550.



pone a «valentía», en el sentido en que la malignidad y la astucia contrastan con el valor y el coraje:

Será la gloria suya,  
suya será también la valentía,  
y sola la osadía  
y la malicia quedará por tuya. (vv. 85-88).

Finalmente, el poeta le dice al inventor del cañón que si se cree agudo y diestro, es decir, «ingenioso», por haber creado un nuevo género de muerte, recuerde que «esa traza se le debe al estudio del miedo», es decir, al ingenio que brota de la falta de ánimo para el combate cara a cara:

Si la afición te mueve  
del nombre de ingenioso, porque hallaste  
al hombre muerte donde no la había,  
al estudio del miedo se le debe  
la traza con que solo descansaste  
de tantos golpes a la muerte fría. (vv. 89-94)

Y esa «traza» ha servido para permitir que la muerte descansara de muchos golpes que ella ya no habrá de dar, pues se le habrá adelantado a realizar su tarea esa nueva arma, tan destructiva y letal.

## Bibliografía

- Ariosto, L., *Orlando furioso*, ed. M. Turchi, Milano, Garzanti, 1978, 2 vols.
- Barahona de Soto, L., *Las lágrimas de Angélica*, ed. J. Lara Garrido, Madrid, Cátedra, 1981.
- Boccalini, *Ragguagli di Parnaso*, ed. L. Firpo, Bari, Laterza, 1948, 3 vols.
- Borja, F. de, Príncipe de Esquilache, *Obras en verso*, Amberes, 1654.
- Carrillo y Sotomayor, L., *Poesías completas*, ed. D. Alonso, Madrid, Signo, 1936.
- Catulo, *Poesías*, ed. J. Petit, Barcelona, Libros de la frontera, 1974.
- Cervantes Saavedra, M. de, *Viaje del Parnaso*, ed. V. Gaos, Madrid, Castalia, 1974.
- Cervantes Saavedra, M. de, *El Quijote*, ed. F. Rico, Madrid, Crítica, 1999.
- Claudio, *De raptu Proserpinae*, en *Claudian*, ed. M. Platnauer, Cambridge, Harvard University Press, 1972, 2 vols.
- Espinosa, P. de, *Poesías completas*, ed. F. López Estrada, Madrid, Espasa Calpe, 1975.
- Estacio, *Aquileida*, ed. G. Rosati, Milano, Rizzoli, 1994.
- Estacio, *Tebaida*, ed. G. Faranda Villa, Milano, Rizzoli, 1998, 2 vols.
- Fernández de Andrada, A., *Epístola moral a Fabio y otros escritos*, ed. D. Alonso, Barcelona, Crítica, 1993.
- Ficino, M., *De sole*, en *Prosatori latini del quattrocento*, ed. E. Garin, Torino, Einaudi, 1977, 8 vols.
- Góngora y Argote, L., *Polifemo*, ed. D. Alonso, Madrid, Gredos, 1967, 3 vols.
- Góngora y Argote, L., *Soledades*, ed. R. Jammes, Madrid, Castalia, 1994.
- Gracián, B., *El Criticón*, ed. S. Alonso, Madrid, Cátedra, 1980.
- Granada, Fray L. de, *Introducción al símbolo de la fe*, ed. J. M. Balcells, Cátedra, 1989.
- Horacio, *Odas*, ed. J. Juan, Barcelona, Bosch, 1987.
- Jáuregui, J. de, *Obras*, ed. I. Ferrer de Alba, Madrid, Espasa Calpe, 1973, 2 vols.
- Lain Entralgo, P., *La antropología en la obra de Fray Luis de Granada*, Madrid, CSIC, 1946.
- Maquiavelo, N., *Sopra la prima Deca di Tito Livio*, en *Opere*, ed. A. Panella, Milano, Rizzoli, 1939, 2 vols.
- Marcial, *Épigrammes*, ed. H. J. Hizzac, Paris, Les Belles Lettres, 1973, 2 vols.
- Maurer, C., «Don Francisco de Quevedo: Al mar», *Hispanic Journal*, 3, 1981, pp. 45-58.
- Montaña de Montserrat, B., *Libro de la Anatomía del hombre*, Valladolid, 1551, ed. facsímil Madrid, Instituto Bibliográfico Hispánico, 1973.
- Ovidio, *Amors*, ed. J. Petit y M. Dolç, Barcelona, Bernat Metge, 1971.
- Ovidio, *Metamorfosis*, ed. A. Ruiz Elvira, Barcelona, Alma Mater, 1964, 3 vols.
- Plutarco, *Obras morales y de costumbres*, ed. M. López Salvá y M. A. Medel, Madrid, Gredos, 1985-1998, 8 vols.
- Propertio, *Elegías*, ed. A. Tovar y M. T. Belfiore, Madrid, CSIC, 1984.
- Quevedo y Villegas, F. de, *La hora de todos y la fortuna con seso*, ed. J. Bourg, P. Dupont y P. Geneste, Madrid, Cátedra, 1987.
- Quevedo y Villegas, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Bleuca, Barcelona, Planeta, 1981.

- Quevedo y Villegas, F. de, *Providencia de Dios*, en *Obras completas*, ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974, vol. I, pp. 1541-1617.
- Rey, A., *Quevedo y la poesía moral española*, Madrid, Castalia, 1995.
- Rioja, F. de, *Poesía*, ed. B. López Bueno, Madrid, Cátedra, 1984.
- Rufo, J., *La Austriada*, en *Poemas épicos*, ed. C. Rosell, Madrid, Atlas, B. A. E., 1945, vol. II, pp. 1-136.
- Saavedra Fajardo, D. de, *Empresas políticas*, ed. F. J. Díaz de Revenga, Barcelona, Planeta, 1988.
- Segundo, J., *Besos y otros poemas*, ed. O. Gete Carpio, Barcelona, Bosch, 1979.
- Séneca, *Medea*, ed. G. Gilberto Biondi, Milano, Rizzoli, 1994.
- Tasso, T., *Il mondo creato*, ed. G. Petrocchi, Firenze, Felice Le Monnier, 1951.
- Tasso, T., *Gerusalemme liberata*, ed. M. Guglielminetti, Milano, Garzanti, 1982, 2 vols.
- Tibulo, *Poemas*, ed. E. Otón Sobrino, Barcelona, Bosch, 1979.
- The Greek Anthology*, ed. W. R. Paton, Cambridge, Harvard University Press, 1983, 5 vols.
- Vega, G. de la, *Obra poética y textos en prosa*, ed. B. Morros, Barcelona, Crítica, 1995.
- Vega, L. de, *El Isidro*, en *Obras selectas*, ed. F. C. Sáinz de Robles, Madrid, Aguilar, 1964, 2 vols.
- Vega, L. de, *Obras poéticas*, ed. Bleuca, Barcelona, Planeta, 1983.
- Vega, L. de, *Rimas humanas y otros versos*, ed. A. Carreño, Barcelona, Crítica, 1988.
- Vilanova, A., *Las fuentes y temas del «Polifemo» de Góngora*, Madrid, Instituto Miguel Cervantes, 1957, 2 vols.
- Villamediana, Conde de, *Poesía*, ed. M<sup>a</sup> Teresa Ruestes, Barcelona, Planeta, 1992.
- Villegas, E. M. de, *Eróticas o amatorias*, ed. N. Alonso Cortés, Madrid, Espasa Calpe, 1956.
- Virgilio, *Bucoliques*, ed. E. de Saint-Denis, Paris, Les Belles Lettres, 1970.
- Virgilio, *L'Énéide*, ed. M. Rat, Paris, Garnier, 1960-1962, 2 vols.

